

# EL MILAGRO DE LA VIDA

HUSHÉ, AGOSTO DE 2006

Dr. Javier Pérez Monreal

Andaba contemplando el Masherbrun, debajo de la balastrada de la escuela donde Pilar y Paloma se esforzaban en sus diarias y deliciosas clases de español a los niños de Hushé.

Solamente se interponía entre mi mirada y la imponente pirámide de hielo y roca de este sietemil, el rostro relajado de Cristina que andaba encaramada con su mp3 sobre los restos de un pedazo de tobogán inestable.

Andaba así de apacible la tarde tras una ajetreada mañana de trabajo en el dispensario donde como cada verano se agolpan esperanzados los habitantes de Hushé y de otros pueblos del valle, intentado encontrar remedio a sus males.

Pero la vida en el Karakorum, caracterizada por la inestabilidad de la existencia, depara sorpresas inesperadas a cada instante.

En un momento dado, la partera del pueblo, Gulapí, se acercó con semblante serio, incluso ligeramente desenchajado.

El corazón me dio un vuelco. La permanente sonrisa casi burlona de esta mujer había desaparecido y en su lugar aparecía un rictus extraño que presagiaba algún mal acontecimiento.

En pocas palabras nos decía, ya andando sobre las cinco de la tarde, que una parturienta había roto aguas hacía casi veinte largas horas, sin que el más mínimo signo de avance del parto hiciese aparición.

Nos movilizamos rápidamente en busca de la casa de la desafortunada.

Tras recorrer las calles y llegados al quicio de la puerta, atravesamos dos sucias y oscuras estancias impregnadas



*Junto a uno de los pacientes.*

de un aire denso, donde flotaba una nube de humo, con olores intensos, mezcla de sudor, moho y hollín.

Alcanzamos la estancia principal con su pequeña estufa sin tiro, sus estantes decorados con recortes de papeles y plásticos ennegrecidos por el humo y ocupados por mugrientos útiles de cocina.

En el suelo, sentada sobre trozos de alfombras y mantas sucias que cubrían la tierra, debajo del hueco de la ventana que le servía de asidero en su esfuerzo agónico, contemplábamos el sufrimiento atroz de una mujer que luchando ya sin convicción, empecinaba todas sus energías en dar a luz a su primer hijo.

La visión de la tragedia de la vida en el filo de la existencia, a un lado la vida y al otro la muerte, tan cercanas, allí en Hushé, hizo que dudáramos durante unos momentos y nos hizo partícipes de la angustia de esa mujer.

Decidimos examinarla pero cuando colocaba mis guantes, surgieron palabras de súplica de Gulapí y de Ghulam, nuestro amigo el sanitario de Hushé, que me rogaban que no lo hiciese, que no tocase a aquella mujer.



*Atendiendo en el dispensario.*

A mi mente acudieron raudas las palabras pronunciadas por el jefe de salud del distrito, el último año: “sobre todo, si bien es cierto que puedes tratar mujeres, nunca debes atenderlas en un parto, eso nunca, aunque la mujer muera”...so pena de severo castigo, le faltó por decir. Aquel “consejo” había abierto en mí un cierto temor pues sabía que algún día podría presentarse una situación como la que estábamos viviendo.

Así de irreconciliables son la medicina y éticas hipocráticas tan vigentes en nuestra sociedad, con las leyes inhumanas de algunas repúblicas islámicas y Pakistán, desgraciadamente, no escapa a ello.

En mi interior, el desasosiego era manifiesto pero contuve mis ansias irrefrenables de atender directamente a la paciente y pensé que mientras pudiera evitarlo íbamos a intentarlo de otra forma.

Y es que conmigo, afortunadamente, se encontraban dos maravillosas compañeras enfermeras, Cristina y Rocío y otra no menos estupenda estudiante de último curso de medicina, Edurne.

Ellas iban a ser las encargadas de explorar a la parturienta.

Fue la última, quién con desparpajo y madurez impropios de su edad colocó sus guantes y con la ayuda de Cristina logró, a pesar de la increíble congestión vulvar producida por tantas horas de esfuerzo y dolor, introducir sus dedos a través de la vagina. El examen no nos hizo sentirnos optimistas.

Utilizando nuestro ecógrafo portátil confirmamos que su corazón mantenía el ritmo, aunque acelerado, como el de la madre, por las intensas horas de esfuerzo.

Rocío, con temple, cogió una vía a la que unimos un gotero con algunos analgésicos.

La posibilidad de una cesárea de urgencia en Hushé se alejaba incluso de nuestras previsiones más pesimistas.

Decidimos que si existía alguna posibilidad para la parturienta y su futuro hijo, ésta pasaba por el traslado en jeep hasta Skardú, único lugar donde se le podría realizar

una cesárea con unas mínimas garantías.

Son siete horas ininterrumpidas de duro camino. El recorrido, en 4x4 es impresionante.

Surca laderas donde la pista atraviesa las continuas avalanchas de tierra y rocas, a veces al borde del abismo sobre las rugientes y bravas aguas del río Hushé. En ocasiones, badea barranqueras inestables donde el suelo cede ante el peso de las ruedas de los jeeps.

Este año el período monzónico se había alargado en demasía y nos perseguía desde que llegamos.

La gran cantidad de agua de lluvia caída había arrasado toneladas de material desde las montañas a los valles convirtiendo las pistas en una diana incierta donde el tránsito no está, en absoluto, exento de riesgo.

Ante un viaje de estas características, en Hushé, no sólo es importante la logística (que pasa por disponer de un jeep con chofer y un par de buenos porteadores), para la que hace falta lógicamente dinero que no todo el mundo tiene, sino que es fundamental la voluntad y el esfuerzo de la gente. Es necesario motivar a la gente y decirles: “moveos, hay que intentar salvar a esta persona” (aunque “sólo” sea para ellos una mujer).

Parece increíble que en pleno siglo XXI, alguna sola de estas carencias suponga la diferencia entre seguir vivo o no.



*Fátima, hija de la parturienta.*

El traslado de la parturienta resultó agónico y plagado de tensión.

En un pequeño jeep, ella, tumbada, gimiendo de dolor y consolada por una familiar a la que el trayecto en el jeep y probablemente la angustiada situación hacían que vomitase continuamente sobre su ropa.

Al lado, el marido, impertérrito, de faz imperturbable, se limitaba a asir con las suyas, la mano de su mujer, evitando que arrancara el gotero en uno de sus forcejeos.

La paciente calmó su dolor durante las primeras dos interminables horas.

A esa altura, tanto el gotero, de conexiones pakistaníes poco eficaces, como la vía habían terminado por abdicar, como consecuencia del violento traqueteo del jeep al pasar sobre los cantos y piedras del camino. Parecía un presagio de los que todavía nos iba a tocar padecer.

Así, sin casi cruzar una palabra entre nosotros, con el alma en vilo, íbamos sentados delante y apretados al lado del conductor Edurne y yo.

Detrás, más apretados si cabe, Gulam, al lado de la familia y en el exterior, encaramados en la parte trasera del jeep, Alí Hussein y otro porteador.

Edurne trataba y conseguía con dulzura y dosis de sensatez irreprochables, tranquilizar con palabras de aliento a la embarazada. "Dile, Gulam, que no se preocupe, que estamos aquí para ayudarla, que su niño va a nacer bien, seguro, dile que aguante."

Así transcurría el penoso viaje cuando alcanzamos el corte producido por una gran avalancha de toneladas de barro que había cubierto, justo el día siguiente de nuestro paso hacia Hushé, un gran tramo de la pista.

Ahora el paso estaba cortado, infranqueable para cualquier vehículo. Nada que pudiese atravesar ese magma de lodo todavía blando y móvil, inestable, que parecía



*Cartel del proyecto de cooperación situado en Hushé*

poseer la capacidad de recuperar el aliento y continuar de nuevo ladera de la montaña hacia abajo.

Transmitir a la parturienta y a los demás la inequívoca voluntad que teníamos de atravesar aquella barrera natural no era fácil.

De las primeras explicaciones pasamos a los gritos de motivación ante la impasibilidad de los hombres que nos acompañaban.

La parturienta pedía a gritos que no la tocaran ni moviesen. Los hombres, encogidos de hombros y faltos de motivación para transportarla parecían sumidos en una narcolepsia colectiva.

Aprovechamos la obligada parada para explorar a la paciente.



*Almacén de medicamentos.*



*Materiales en la consulta para mujeres.*

Edurne colocó de nuevo los guantes en sus manos y me advirtió de que palpaba, en el fondo, algo duro, algo que no era perceptible en el primer examen.

Parecía que el traqueteo incesante y agotador del jeep, tan terrible para la parturienta estaba colaborando en el anhelado parto. ¡Había que continuar!.

Con parsimonia logramos avanzar lentamente sobre la avalancha con la mujer a espaldas de los porteadores que se turnaban en el empeño de transportarla.

Nosotros íbamos cargados, Edurne con el ecógrafo portátil que llevaba en su mano y yo con el maletín de urgencia.

De pronto un grito amortiguó el ruido producido por el cuerpo de Edurne al golpear sobre el suelo.

Un resbalón desgraciado dio como resultado un leve esguince de tobillo y una avería del ecógrafo. Estaba claro que el día no estaba siendo fácil.

El tiempo transcurría despacio, los minutos se hacían interminables y el avance lento pero decidido, hasta que logramos atravesar completamente la avalancha y conectar con otro jeep que se encontraba presto al otro lado del corte.

Continuamos nuestro viaje con la tensión acumulada y mantenida, sorteando obstáculos por la pista, vadeando con gran pericia por parte del conductor la importante crecida del río previa la puente de Hapulo y logrando alcanzar el puesto de control de la policía.



*Lavando el pelo a una niña.*



*Aseo en el nuevo dispensario*

En ocasiones, la rapidez en la toma de decisiones hace olvidar cuestiones tan importantes como la de llevar siempre encima nuestros pasaportes en Pakistán y eso es, precisamente, lo que habíamos olvidado.

Intentar pasar cualquier puesto de policía pakistaní sin pasaporte es una tarea que ninguno de nosotros nos hubiéramos impuesto nunca como objetivo de superación personal.

Pero ciertamente, unas explicaciones creíbles, buenas palabras, la visión de la parturienta y el cumplimiento de rigor rellenando con nuestros datos los libros de chequeo de la policía, permitieron, increíblemente, que la barrera que bloqueaba nuestro paso se abriera despejando nuestras dudas más sombrías.



*Paciente en el dispensario.*



*Niña en el dispensario.*

Sólo minutos después llegamos al hospital de Hapulo donde volvimos a realizar la inspección de la embarazada.

Apartando la manta que la cubría y con la ayuda de un frontal pudimos ver aflorar el negro pelo de la cabeza de la criatura.

Escortados por las cucarachas nocturnas del pasillo y con la luz agonizando en las bombillas, transportamos a la paciente a una sala donde la esperaban dos comadronas y la oscuridad que se hizo completa en aquel momento..

La única médico, que se encontraba en su casa, acudió unos minutos después y nos confirmó que se encargaba

de la paciente, que en esos momentos el parto estaba transcurriendo con normalidad.

Con satisfacción y cansancio, decidimos tras dejar a la paciente en el hospital, reemprender el camino de vuelta hacia Hushé.

Una noche preciosa y estrellada acompañaba nuestro viaje.

Pasado el puente de Hapulo, donde la crecida del río, nos cruzamos con un jeep que venía de Hushé y que transportaba un porteador de altura al que Rocío y Cristina haciendo gala de su buen hacer y gran profesionalidad, habían derivado al hospital de Skardú con urgencia debido a una sospecha de apendicitis aguda.

La imagen del paciente, adormilado sobre los asientos del jeep, con el gotero entre sus manos, con su medicación endovenosa de categoría hospitalaria, con un informe en inglés y camino del hospital, reafirmaba la gran confianza en Cristina y Rocío, que habían solventado de forma impecable otra urgencia más de este difícil día.

Con rostros fatigados llegamos a Hushé de madrugada recibidos por una fina capa de lluvia que sin duda desveló nuestros felices sueños.

Al día siguiente, por la tarde, la parturienta y su recién nacida niña, realizaron el mismo recorrido de vuelta y se encontraban ya al abrigo del calor de su casa de Hushé.



*Pacientes esperando consulta.*